Mañongo
Nº 29, Vol. XV, Julio - Diciembre 2007

COMPLEJIDAD Y POSTMODERNIDAD

Sherline Chirinos

Resumen

Las relaciones entre el llamado pensamiento complejo y los planteamientos postmodernos, no nos parecen obvios ni evidentes. Este artículo se propone explorar esa posible interrelación, además de intentar construir algunos puentes. A partir de una discusión de las ideas de Rigoberto Lanz y su propuesta de transcomplejidad, se examinará varias posibilidades de articulación entre los dos planteamientos, revisando críticamente las fuentes correspondientes. Finalmente se sugiere que la conexión entre postmodernismo y complejidad constituye de por sí una interpretación que apunta a lo problemático y necesariamente inacabado de todo conocimiento.

Palabras clave: postmodernismo – complejidad – transcomplejo – epistemología

Summary

The relations between the named complex thinking and the postmodernist statements, are not evident and clear. This essay explores this possible vinculation, and tries to build few bridges between the two concepts. We discuses the Rigoberto Lanz´s statements and his propose of transcomplexity. Few possibilities of articulation most be examined, acknowledge critically the correspondent sources. Finally, it will propose that the connexion between postmodernism and complexity is an interpretation that fixes the necesarely endless of every thinking

Key words: postmodernism – complexity – transcomplex - epistemology

Introducción

Este artículo se propone explorar una posible interrelación entre el pensamiento postmoderno y las ideas de la complejidad, además de intentar construir algunos puentes entre ambas corrientes contemporáneas de la filosofía de la ciencia y la epistemología. A partir de una discusión de las ideas de

Recibido: Enero 2006. Aceptado para publicación en abril 2007.

Rigoberto Lanz y su propuesta de transcomplejidad, se examinarán algunas posibilidades de articulación entre los dos planteamientos, revisando críticamente las fuentes correspondientes.

La impresión que nos ha quedado, luego de múltiples lecturas, es que la discusión postmoderna, después de una etapa que pudiéramos llamar iconoclasta, ha sedimentado en los últimos años, algunos motivos y asentado algunos aportes, en un sentido más constructivo.

Un autor que ha contribuido de una manera extraordinaria en esta nueva fase del pensamiento postmoderno, es Morin (2000) quien, aunque no se llama a sí mismo postmoderno, retoma temas recurrentes de esta problemática, como es la desfundamentación del conocimiento, el inacabamiento indefinido de la categorización científica y la necesidad de derrumbar las fronteras de las diversas disciplinas científicas, con lo cual los límites levantados por el anterior predominio positivista queda prácticamente abolido.

La discusión epistemológica de los últimos años ha dejado muy atrás el marco del positivismo lógico de las primeras cinco décadas del siglo XX.

El pensamiento neopositivista recibió sus primeros golpes desde sus entrañas, con las críticas demoledoras al inductivismo, que desarrolló Karl Popper en diversos trabajos (cfr. DÁgostini, 2000); así como las obras de Kuhn (1972) y Foucault (1984), quienes con sus conceptos de paradigma, el primero, y de *episteme,* el segundo, introdujeron la dimensión historicista (y en gran parte, relativista también) en la fundamentación de la supuesta verdad del discurso científico.

Esto configuró, hacia la década de los setenta, una situación propicia para la irrupción del pensamiento postmoderno que, aplicando las adquisiciones pioneras de pensadores como Wittgenstein, en el caso de Lyotard (1989), quien aplicó el concepto de *juegos de lenguaje* para mostrar el mecanismo legitimador del conocimiento científico y su crisis en un *nuevo* tiempo; pero sobre todo de Nietzsche y Heidegger, en el caso del

propio Foucault, de Vattimo y Derrida, entre otros, quienes la han emprendido con la metafísica implícita en las concepciones de la ciencia cercanas al positivismo (cfr. Lechte, 2000).

En Venezuela, uno de los que ha llevado con mayor insistencia y decisión esta discusión sobre la desfundamentación postmoderna de la ciencia, ha sido Rigoberto Lanz, en una ya extensa obra. El primer texto de Lanz que aborda el debate de la postmodernidad *(Crítica de la Razón Ilustrada)* data de 1991. Ron Pedrique, en el prólogo del libro de Lanz, hace referencia a un evento del año 1989, donde el tema habría tenido impacto. De modo que el tema de la postmodernidad podríamos ubicarlo, por lo menos en el medio académico de nuestro país, hacia ya mediados de los ochenta. De hecho, el conocido libro de Lyotard, *La condición postmoderna,* tiene como fecha de su edición en español, el año de 1984.

Pero los de Lyotard no son los únicos planteamientos que se reconocen como postmodernos. Es más: hay diversos planteamientos postmodernos. Como ya mencionamos, los de Lyotard tienen una evidente influencia del pensamiento de Wittgenstein, sobre todo cuando usa el concepto de *juegos del lenguaje*. Pero la postmodernidad de un Vattimo (1990) o un Derrida, por ejemplo, tienen más que ver con Nietzsche y Heidegger que con una filosofía del lenguaje de origen pragmático, como la de Wittgenstein.

Es más, en el pensamiento de Lanz se nota una evolución que va del marxismo crítico de los setenta, que incorpora distanciándose a la vez, las ideas de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer y, sobre todo, Marcuse), Althusser (aunque rompe con él muy pronto, sobre todo de su cientificismo) y, finalmente, Vattimo, Derrida, y en los últimos textos, Morin y Maffesoli.

Como se ve, es demasiada simplificación hablar de un pensamiento postmoderno sin más. Hay muchísimos matices y diferencias, para no hablar de contradicciones, cuando se pasea la mirada de autor en autor.

Lo que sí puede considerarse como un *aire de familia*, incluso más allá de los autodenominados postmodernos, es el desmontaje de una concepción categórica de la verdad científica, que la presentaba como una suerte de la expresión más acabada de la razón humana. Hoy en día, en que tanto Morin como Derrida (1998), hablan de desfundamentación del saber, no se puede seguir utilizando una noción positivista, sin caer en posiciones muy ingenuas, que coloca a la actividad científica fuera de sus contextos institucionales, políticos e históricos.

Lo significativo es que este desmontaje de la modalidad discursiva categórica de la ciencia, ha sido tarea de pensadores que provienen de las más diversas tradiciones. Por eso no tiene nada de raro explorar las posibles relaciones entre el pensamiento de la complejidad, de raigambre dialéctica, y la postmodernidad, de raigambre heterogénea, pero fuertemente nietzscheana y heideggeriana.

El planteamiento lanziano:

Rigoberto Lanz (2006) deja entrever que existe un vínculo entre los enfoques epistemológicos caracterizados como postmodernidad y complejidad. Es más, pareciera que el autor desea apostar a su integración, inventando un neologismo, en lo que ha denominado la *transcomplejidad*.

Señala Lanz: *En el fondo lo que interesa enfatizar es la íntima conexión entre la emergencia de una episteme postmoderna (otro modo de pensar) y las distintas modulaciones del pensamiento complejo*. Y subraya que esas conexiones *tienen repercusiones en el terreno metodológico, en las elaboraciones conceptuales y categoriales, en la formulación de teorías y en la caracterización de las agendas de investigación*. Por si fuera poco, *tiene una directa incidencia en el campo de los programas de formación, en los diseños curriculares, en la definición de estrategias de intervención en el mundo universitario* (Ob. Cit., p. 21).

De modo que no es poca cosa esa relación entre complejidad y postmodernidad, ni es irrelevante la construcción de ese

puente. Las proporciones de las consecuencias de ambos pensamientos, ahora integrados, mutuamente implicados, justifican de por sí toda una línea de investigación, porque ¿cómo construir ese diálogo, integración, intercambio, puente, entre ambos pensamientos? ¿Con qué herramientas conceptuales pensar esa mutua imbricación?

Lanz insiste en la importancia del problema. Su preocupación va por el camino de advertir su seriedad y gravedad. La complejidad no es una moda, en el sentido de un uso efímero, superficial, banal o trivial. No es un refugio de los oportunistas poco rigurosos de la investigación. No se trata de un simple ritual que viene y va, *sin pena ni gloria*. El lenguaje se torna cada vez más duro, tajante, terminante. Pudiera ser cuestión de estilo. Pero más que ello, el énfasis de Lanz parece una apuesta. Lanz usa el término *demarcaje*, es decir, una acción fuerte, un rechazo, un claro deslinde, con un dejo de desprecio, respecto a la trivialidad, cuyo origen identifica en las *recaídas metodologistas*. La demarcación también implica a lo que denomina *recuperaciones oportunistas que bautizan de complejidad cualquier pamplina al gusto con montajes y parafernalias de utilería*.

La fuerza del lenguaje utilizado por Lanz, nos sugiere una *opinión correcta*, una versión ortodoxa de la complejidad (y, sobre todo, de la postmodernidad), afirmada y establecida, frente a los oportunistas y las trivializaciones. En otras palabras, aquí se halla indicada una rigurosidad que, por otra parte, *no se refiere a la rigurosidad de la metodología.*

Es decir, la transcomplejidad, esa articulación de postmodernidad y pensamiento complejo y transdisciplinario, tampoco es una metodología; aunque, líneas más adelante, se plantean consecuencias metodológicas. La transcomplejidad es: *una mirada enriquecida por la movilidad de los puntos de observación, por la flexibilidad de los instrumentos metodológicos, por la ductilidad de las estrategias cognitivas* (p. 25).

La caracterización se torna paradójica. ¿De modo que la transcomplejidad es una rigurosidad basada en la flexibilidad metodológica? ¿Cómo conjugar aquí el rechazo al metodologismo, a

la trivialización, al *oportunismo*, a la banalidad de los seguidores de la moda, junto al rechazo de lo universal (*cándido sería de igual modo la otra pretensión de hacer pasar este conjunto de presupuestos como universales* p.26), y la defensa del relativismo, el *talante nómada*, la *razón sensible* (Maffesoli) y el *pensamiento débil* (Vattimo)? ¿Cómo trazar la línea claramente entre lo que es pensamiento trivial, por una parte, y pensamiento realmente transcomplejo, postmoderno, riguroso y a la vez flexible, por la otra?

Lo único que podemos tener claro, por ahora, en relación a la complejidad es que significa una clara ruptura con el paradigma de la simplicidad.

LA SIMPLICIDAD

Holton (1988) extrae del Libro III de los *Principia Matematica* (1776) de Newton, texto paradigmático como el que más, lo que serían las cuatro reglas fundamentales del razonamiento científico, que constituyen la exposición más clara de lo que sería un paradigma de la simplicidad:

I. La Naturaleza es esencialmente sencilla; por tanto, no debemos introducir más hipótesis de las que sean suficientes y necesarias para la explicación de los hechos observados (regla de la simplicidad).

II. Por tanto, hasta donde es posible, deben asignarse efectos similares a la misma causa (principio de la uniformidad de la naturaleza).

III. Las propiedades comunes a todos los cuerpos que se encuentran al alcance de nuestros experimentos deben suponerse (aun si sólo sea tentativamente) como pertenecientes a todos los cuerpos en general. Esta es una reformulación de las dos primeras hipótesis, y es necesaria para formar universales (principio de la universalidad).

IV. Las proposiciones de la ciencia obtenidas por inducción general deben considerarse exacta o aproximadamente ciertas hasta que los fenómenos o experi-

> mentos muestren que se les puede corregir, o den cabida a excepciones. Este principio afirma que las proposiciones inducidas sobre la base del experimento no deben ser refutadas tan sólo proponiendo hipótesis contrarias. Sólo la experiencia puede refutar las primeras hipótesis (principio empirista e inductivista)

Holton menciona una investigación histórica de Alexander Koyré, según la cual Newton habría agregado originalmente en su texto, una quinta regla, que fue eliminada en ediciones posteriores de su obra. Ella negaba cualquier validez, y se designaba despectivamente como simples *hipótesis, todo lo que no se deriva de las cosas mismas, sea por los sentidos externos o por cogitación interna*, así como *todo lo que no puede ser demostrado por los fenómenos ni se sigue de ellos por argumentos basados en la inducción* (Holton, 1988: 17). ¿Por qué Newton eliminó tal regla, si parecía coherente con un estilo de pensamiento científico, y que muy bien pudieron haber aceptado sus discípulos?

Holton interpreta que Newton le concedía a Descartes (quien por cierto llegó a polemizar con el primer) la necesidad de cierto tipo de hipótesis *ni demostrable a partir de los fenómenos* ni resultado de una inducción; es decir, hipótesis no verificables ni falsables, cuyo mantenimiento no dependía de hechos observables ni de argumentos lógicos. Holton llama a esas hipótesis, *temáticas,* y tienen que ver con creencias más o menos relacionadas con otros dominios culturales, con mitos o leyendas, con sensibilidades artísticas, costumbres de la época o hasta impulsos irracionales. Algunos autores han interpretado, basándose en datos biográficos del pensador, que Newton aceptaba que la causa de la gravitación, por ejemplo, no podía ser explicada aplicando únicamente las reglas antes mencionadas, puesto que consideraba, como Descartes, que la verdadera causa de los fenómenos naturales era Dios, y éste no podía inducirse de los hechos ni deducirse lógicamente.

En todo caso, sin acompañar el hilo de pensamiento de Holton que nos apartaría demasiado de nuestro tema, incluso

en el trabajo ejemplar y liminar de la simplicidad científica, se nota que la ella está lejos de ser satisfactoria para describir la actividad científica. Mucho más para fundamentar una certidumbre de base pétrea, como pretendían los filósofos griegos al distinguir la *doxa* de la *episteme.*

Pudiéramos colocar, al lado de cada una de las reglas de pensamiento de Newton, otras tantas, que afirmaran justo lo contrario. Así, plantearíamos

I. La Naturaleza (o todo lo existente, incluido lo social o lo cultural) es esencialmente compleja. No es posible terminar de formular hipótesis necesarias y suficientes, que expliquen los hechos

II. No es posible asignar siempre los mismos efectos a las mismas causas, ni las mismas causas a los mismos efectos. La Realidad no es uniforme, sino ontológicamente heterogénea.

III. No es posible suponer que las propiedades sean comunes a todos los cuerpos, a todos los fenómenos. La formación de los universales, o bien no es posible, o sigue un camino diferente al de la generalización inductiva automática.

IV. Las proposiciones obtenidas por inducción no deben ser tenidas por ciertas. Sólo son conjeturas que esperan ser refutadas o corregidas.

En términos muy generales, las reglas III y IV corresponden al pensamiento de Popper, quien, mediante un razonamiento rigurosamente lógico, demuestra que no es posible un conocimiento universal a partir de lo particular, es decir, niega toda validez o certeza definitiva al método inductivo, o al conocimiento obtenido únicamente por la generalización de un cúmulo de observaciones, como pudiera defender el empirismo asociado al neopositivismo.

Por otra parte, las reglas I y II corresponderían a pensamientos como los de Morin. Efectivamente, el pensamiento

complejo es una ruptura con la lógica lineal de las causas simples; es decir, la regla II de Newton. El pensamiento complejo 1) relativiza las determinaciones no siempre las mismas causas producen los mismos efectos, ni los mismos efectos son producidos por las mismas causas; 2) flexibiliza la investigación tanto en lo metodológico, como en lo teórico y lo conceptual.

Ahora bien, nótese que esa relativización y flexibilización implican grandes exigencias. Específicamente, las que se expresan en las contra-reglas I, II y III. Efectivamente: si nunca es posible terminar de formular todas las hipótesis necesarias y suficientes para explicar los hechos; si no hay un vínculo necesario, constante, generalizable, entre causas y efectos; si las propiedades de las cosas son proliferantes, de tal manera que la generalización se hace imposible, por lo menos en términos de universales, no sólo terminamos reafirmando y profundizando un escepticismo que está en la raíz de la modernidad (al igual que el racionalismo y el criticismo), sino que también forzamos a los investigadores a una tarea parecida al suplicio de Sísifo: la piedra siempre rueda cuesta abajo, después del exigente trabajo de llevarla a la cúspide de la montaña. Hay que producir y producir (o crear) hipótesis tras hipótesis, explicaciones tras explicaciones, conceptos tras concepto, sin descanso, con la conciencia casi-trágica de que nunca hallaremos el entendimiento definitivo, que la búsqueda nunca acabará. Morin, en este sentido, ha advertido del inacabamiento permanente del conocimiento.

Los presupuestos de este paradigma transcomplejo no son universales, no son válidos en todo tiempo ni todo lugar. Es relativista, es nómada, se vincula a sensibilidades. Pierde la noción de esencia o sustancia en beneficio de pensar relaciones. ¿Son esos rasgos lo que lo conectan con lo postmoderno?

De todos modos, no está claro para nosotros cuál sería el punto de aplicación de la rigurosidad, para evitar las recaídas metodológicas y los fundamentalismos, tan despreciables para Lanz. ¿La rigurosidad estaría en la afirmación de unos supuestos que constituirían el *paradigma*? Esos supuestos afirman el relativismo. Pero si las contra-reglas que

hemos inventado, simplemente invirtiendo las de Newton, no pueden ser consideradas universales ¿cuáles son las condiciones de su validez? Caemos en el problema lógico, la paradoja de todo relativismo: no puede afirmarse universalmente el relativismo, sin negar la validez del propio relativismo, lo cual afirma el universalismo, lo cual niega el relativismo, que recupera a la vez su vigencia al afirmar el universalismo, etc. O sea, no se puede ser riguroso (lógicamente) tampoco en el plano de los supuestos, pues ello implicaría una autocontradicción.

LO TRANSCOMPLEJO

Recapitulemos. De la lectura de Lanz, pudiéramos hacernos la idea de que el pensamiento transcomplejo viene siendo la sedimentación de lo que fue el boom del pensamiento epistemológico postmoderno de los años 80, y esa sedimentación se da a mediados de los 90 con los aportes de Nicolescu (1996) y Morin (2000), entre otros, por supuesto. La transcomplejidad sería la síntesis de la mirada transdisciplinaria y del paradigma de la complejidad, con el trasfondo crítico del postmodernismo.

La complejidad está, entonces, estableciéndose como un paradigma; pero ello conlleva un gran riesgo. De un lado, una ortodoxia que pudiera asfixiar de entrada cualquier audacia epistemológica. Del otro, una gran laxitud que nos llevaría a lo que se combate: la trivialización metodológica, el eclecticismo teórico, el oportunismo a la moda. ¿Cuál sería *el justo medio* de una prudente, seria y sensata transcomplejidad? Algunas indicaciones de Nicolescu quizás nos ayuden a establecer el punto de equilibrio.

Para Nicolescu, el planteamiento de la transdisciplinariedad resulta de varias necesidades. En primer lugar, la de hacer armonizar las mentalidades y los lenguajes de las muy diversas disciplinas (hoy, en plena expansión por ser la *era de la especialización*). En segundo, hacer posible la comprensión de todos esos lenguajes para los *decididores*, los que toman las decisiones, quienes *deberían poder hablar con todos* (*los especia-*

listas) *a la vez*. En este sentido, *el lenguaje disciplinario es una barrera aparentemente infranqueable para un neófito. Y todos somos neófitos los unos de los otros* (Nicolescu, p. 2). La babelización resultante de esta proliferación de disciplinas y, por tanto, de lenguajes, genera una incompetencia generalizada, porque *la suma de las competencias no es la competencia; sobre el plano técnico, la intersección entre los diferentes campos de saber es un conjunto vacío. Sin embargo, ¿qué es un* decideur*, individual o colectivo, sino aquel que es capaz de tomar en cuenta todos los datos del problema que examina?* (p.3).

De modo que la transcomplejidad atiende a una necesidad *práctica:* hacer inteligibles los posibles aportes de las diversas disciplinas y saberes para poder tomar decisiones adecuadas a los complejos problemas de hoy. Esos problemas actuales se reconocen como complejos, en el sentido ordinario de complicados, pero también en el de multidimensionales, interrelacionados, multifactoriales. Esas realidades han impulsado entonces hacia un horizonte de transdisciplinariedad, a través de lo que Nicolescu llama *grados de transdisciplinariedad,* a saber: la *multidisciplinariedad*, en la cual aún cada disciplina conserva su identidad de objetos, métodos y conceptos; la *interdisciplinariedad,* en la se hacen traslados y préstamos mutuos, tanto en métodos, objetos, conceptos y explicaciones, entre las distintas disciplinas (dando lugar, incluso, a disciplinas nuevas, híbridas), y finalmente la *transdisciplinariedad*, que sería ese espacio vacío que atraviesa a todas las disciplinas, diluyendo sus fronteras, multiplicando sus intercambios.

Esta concepción transdisciplinaria, ese horizonte, evidentemente requiere un trasfondo ontológico como el que sugerimos líneas arriba, cuando invertimos las *reglas de pensamiento* de Newton, hasta hablar de un universo en plena efervescencia creativa, en plena creación de nuevos niveles de realidad que, además, están interrelacionados. Un universo así, por supuesto, tiene exigencias nuevas para el conocimiento. Las condiciones para el razonamiento, para la búsqueda de lo universal, han cambiado radicalmente, al concebirlo

como esencialmente heterogéneo y no definitivo ni estático, sino proliferante en nuevos modos de ser, en diversos niveles de existencia y significación.

¿Tiene todo esto algo que ver con el llamado pensamiento postmoderno?

Postmodernidad y complejidad ¿es posible una relación?

Lanz plantea que hay una relación estrecha entre este pensamiento complejo y transdisciplinario, y la postmodernidad.

Dentro de lo postmoderno, el autor ha expresado en diversas ocasiones, enunciados extraídos de ciertos autores claves: la deconstrucción de Derrida, el pensamiento débil de Vattimo, el cierre de la episteme moderna según Foucault, la deslegitimación de los grandes relatos comentada por Lyotard.

¿De cuál de estos postmodernismos se infiere la transcomplejidad (articulación de transdisciplinariedad y pensamiento complejo)? ¿O será que, más que una deducción desde los postulados postmodernos, se trata de una *interpretación* por la cual hay una apropiación de ciertos enunciados postmodernos para llevarla agua al molino de lo transdisciplinario y lo complejo?

Otro camino posible de interpretación es remontar el camino, es decir, no pretender que de la postmodernidad se infiere la complejidad, sino al contrario: el pensamiento complejo cuenta como condición de posibilidad la disolución de múltiples seguridades, llamémoslas, positivistas.

En este sentido, hay un doble flujo de ideas, desde la filosofía, en la cual han convergido, como comenta D´Agostini (cfr. Ob. Cit.), tanto la filosofía analítica del lenguaje de origen anglosajón, como la filosofía continental hermenéutica, de raigambre heideggeriana y nietzscheana, por una parte, y desde la ciencia, incluso desde los dominios más formalizantes de la ciencia, como la lógica matemática.

Es notable, por ejemplo, el impacto que en el pensamiento filosófico ha tenido el teorema de Gödel, el cual ha sugerido,

en una interpretación muy discutible por cierto, que no puede haber un sistema lógico ni matemático completamente cerrado, puesto que siempre requiere un desarrollo al infinito de nuevos sistemas exteriores para poder justificarse o *demostrarse*, introduciendo la noción de *indecidibilidad*, que ha resultado tan útil para pensamientos como el de Derrida. Así mismo, cabe mencionar los aportes de la física cuántica y otras ramas de esa ciencia, considerada dura, que hoy habla de incertidumbre e imprevisibilidad con mucho énfasis.

En todo caso, el vínculo entre postmodernidad y complejidad no es meramente inductivo o deductivo, es decir, no es estrechamente lógica. Tiene elementos como la analogía, la cual algunos epistemólogos han acogido con decisión para el razonamiento científico.

Nos inclinamos por esta última opción. Sobre todo porque, tanto de un lado como del otro, hay argumentos que invalidarían una ligazón meramente lógica y formal, una deducción o inferencia simple.

Morin ha reconocido lo que varios autores postmodernos han repetido insistentemente: el conocimiento no es posible fundamentarlo a la manera clásica, como un sistema filosófico arquitectónicamente construido, a partir de premisas claras, distintas y evidentes, de un modo puramente geométrico o formal. Esto ya no es posible hoy con desarrollos lógicos como el teorema de Gödel, al cual recurren tanto Morin como los postmodernos cuando quieren insistir en la necesidad ilimitada de buscar una demostración a todo término de partida.

En otras palabras: tanto el pensamiento complejo de Morin, como todo el pensamiento postmoderno mencionado, han argumentado el inacabamiento indefinido del saber, la imposibilidad del conocimiento total (Lyotard hablaba de la deslegitimación del Espíritu Absoluto hegeliano), la problematicidad de todo enunciado científico.

Es en esos puntos donde pueden establecerse coincidencias o pasajes de la postmodernidad y el pensamiento complejo

y transdisciplinario. Es allí el espacio donde se anuncia, precisamente, un nuevo horizonte posterior a la deconstrucción de la episteme moderna, anunciada, ya en la década de los sesenta, por Foucault.

BIBLIOGRAFIA

Critchley, Simon; Derrida, Jacques et al. (1998) *Deconstrucción y pragmatismo*. Paidós editores. Buenos Aires.

D´Agostini, Franca (2000). *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*. Cátedra Editorial. Madrid.

Foucault, Michel (1984). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Holton, Gerald (1988). *La imaginación científica*. Fondo de Cultura Económica. México.

Kuhn, Thomas (1972). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México.

Lechte, John (2000). *50 pensadores contemporáneos esenciales*. Editorial Cátedra. México.

Lanz, Rigoberto (1991). *Crítica de la Razón Ilustrada*. Editorial Tropykos. Caracas.

_____ (2006). *El discurso político de la postmodernidad*. Ediciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales UCV. Caracas.

_____ (2006). *Las palabras no son neutrales*. Monte Ávila editores. Caracas.

Lyotard, Jean Francois (1984). *La condición postmoderna*. Gedisa editores. Barcelona.

Morin, Edgar (2000). *El conocimiento del conocimiento*. Editorial Cátedra.Barcelona.

Nicolescu, Basarab (1996). *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. Editions de Rocher. Francia. Traducción al español Norma Núñez y Gérard Dentón.

Vattimo, Gianni (1990). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*. Gedisa editorial. México.